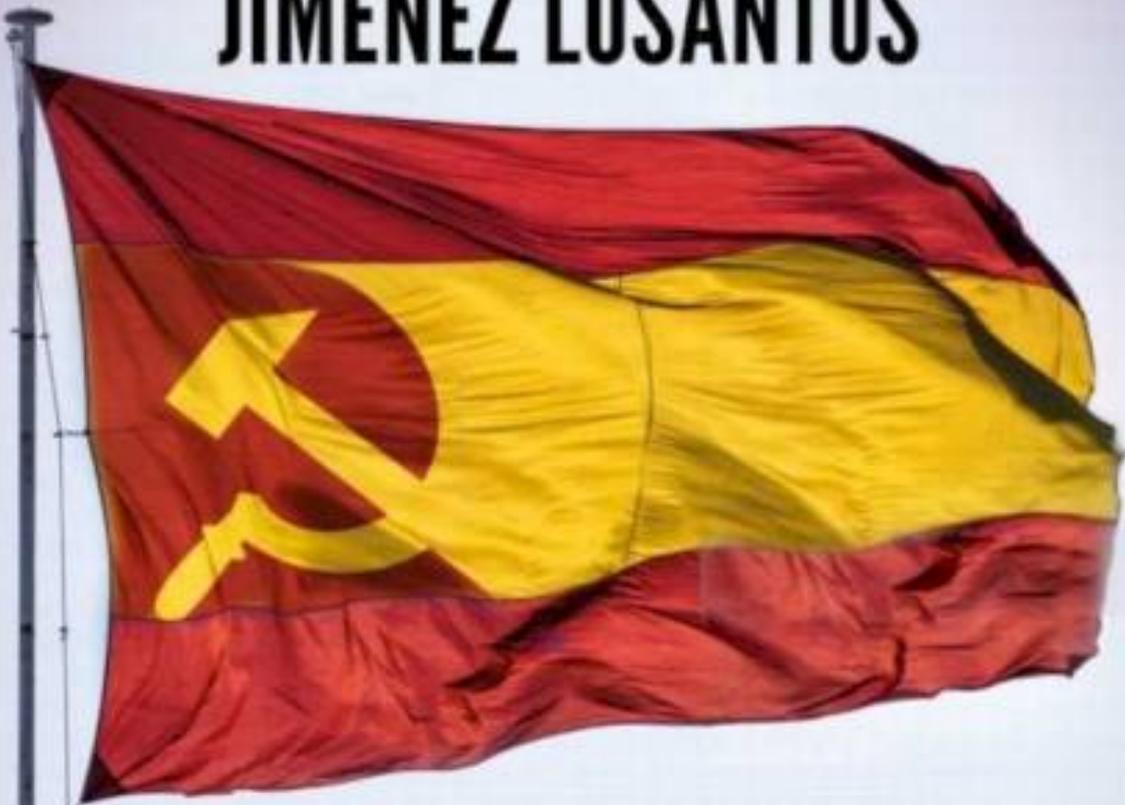


**FEDERICO  
JIMÉNEZ LOSANTOS**



**LA VUELTA DEL  
COMUNISMO**

Su retorno al Gobierno de España, las desgracias que se produjeron y los desastres que ocasionaron.

Ochenta años después de la guerra civil, los comunistas de Iglesias volvían al Gobierno de la mano de los socialistas de Sánchez. Y a la vez, se desataba la catástrofe del COVID19, que dotó al Gobierno de poderes especiales y permitió a Podemos afianzarse y desarrollar iniciativas desastrosas, desde el mantenimiento del 8M que dispara los contagios, a sus planes ecologistas contra el turismo y los automóviles o las subidas fiscales generalizadas. Iglesias y Montero han cambiado un movimiento antisistema que llegó a casi seis millones de votos por un partido comunista dinástico de solo tres millones, pero que es clave en el bloque de poder izquierdista y separatista.

El caso Dina y las derrotas electorales en Galicia y País Vasco destaparon las debilidades de un partido dependiente totalmente de su líder. Pero ¿quién es Pablo Iglesias? ¿Es verdad lo que cuenta de su familia? ¿Cuál es su relación con el narco-chavismo? ¿Podría el Gobierno Sánchez-Iglesias acabar con la monarquía y el régimen constitucional?

Tras su último libro *Memoria del comunismo*, Federico Jiménez Losantos responde a estas preguntas y plantea dos esenciales: ¿qué mutaciones hacen del comunismo un peligro real en pleno siglo XXI? ¿Sobrevivirá España a la acción conjunta de la izquierda y el separatismo?

*A todas las víctimas del comunismo en  
Venezuela, cuyo martirio se quiere repetir en  
España.*

## PRÓLOGO

### LO QUE VA DE AYER A HOY

En octubre de 2017 entregué a La Esfera de los Libros el texto de *Memoria del comunismo. De Lenin a Podemos*<sup>[1]</sup>, que salió al mercado en enero de 2018. Ni la editorial ni yo podíamos pensar que iba a vender más de treinta ediciones y de cien mil ejemplares, señal de que no hay muchos libros sobre el comunismo y de que, por lo que estaba pasando en Venezuela, raíz y referencia de Podemos, en la opinión pública crecía el temor de que España siguiera la deriva chavista de la que aviso en *Memoria* y que, tres años después, se ha consumado. Mientras tanto, el régimen narcocomunista, aliado con Rusia, China e Irán, ha provocado la mayor catástrofe en términos de vidas, pérdida de propiedades y de derechos civiles de toda la historia de América.

Sin embargo, la llegada al Gobierno de Iglesias, epítome de Lenin en *Memoria*, obliga a una actualización de urgencia. La naturaleza proteica, cambiante y engañosa del comunismo no altera su condición esencial: la de ser una doctrina contra la propiedad privada que necesariamente destruye la libertad individual y cualquier forma de Estado de derecho. Y en España presenta variantes especiales con respecto a las formas clásicas de acceso al poder de los comunistas, que son tres: violencia insurreccional y guerra civil —URSS, China, Vietnam, Camboya—; ocupación militar —países de Europa Oriental que toma el Ejército Rojo tras la Segunda Guerra Mundial—; y la corrupción de un Gobierno

salido de las urnas, pero cuyo líder va minando la división de poderes hasta imponer un régimen comunista —Venezuela—.

El caso de España es tan singular que ofrece dificultades casi insalvables para explicarlo a quienes no conozcan la historia del comunismo y la de España, un país aparentemente inaccesible al peligro comunista. La nuestra es lo que suele llamarse una *democracia avanzada*, miembro de la Unión Europea, la cuarta economía de la zona y cuya calidad de vida, del sistema sanitario al asistencial, la coloca entre los mejores países del mundo para vivir. Aun así, España tiene un cáncer: los movimientos separatistas catalán y vasco, con los que colaboran socialistas y comunistas, y que se han expandido a la Comunidad Valenciana, Baleares y Navarra.

Tiene también España un régimen constitucional de monarquía parlamentaria, como el danés, el inglés o el sueco, salido de la Transición democrática que acabó pacíficamente con la dictadura franquista y fue votado de forma masiva por los españoles en 1978. Los comunistas de Podemos, con los separatistas vascos, catalanes y gallegos, pretenden derribar la monarquía, a la que tachan de continuación del franquismo, cuando fueron Juan Carlos I, heredero de Franco a título de Rey, y Adolfo Suárez, secretario general del partido único franquista, los que trajeron la democracia, pactada con el PCE. Y atacan a la Corona porque, hoy por hoy, es un dique legal infranqueable para los proyectos de fragmentar España.

La legitimidad de la Transición fue por primera vez cuestionada por un Gobierno del PSOE, el de Rodríguez Zapatero en 2004, que promulgó una Ley de Memoria Histórica avalada por la derecha e incluso por Juan Carlos I, y que, tras los años perdidos de Rajoy, ha retoñado con Pedro Sánchez. Tras sacar el cadáver de Franco del Valle de los Caídos —sórdido exorcismo histórico de la derrota del bando del Frente Popular ochenta años antes, retransmitido

por televisión como el Día D en Normandía, y que reabre simbólicamente la Guerra Civil—, el Gobierno Sánchez, hijo político del ahora embajador del narco-régimen venezolano, promulga una ley tras otra de «reparación histórica» antifranquista. Antes de que Podemos entrase en el Gobierno anunció la creación de una especie de Ministerio de la Verdad para perseguir legalmente a los que no comulgan con la idea del pasado de la izquierda, que no es la anticomunista del PSOE de Besteiro y González, sino la de Negrín y Álvarez del Vayo, un socialismo enfeudado al comunismo.

Esa dictadura sobre la memoria es algo que, aunque relativamente nuevo en Occidente —al menos con respecto a la ferocidad iconoclasta actual, capaz de derribar estatuas de Colón en América, con el aplauso de la jefa del grupo demócrata en el Congreso, o la de Churchill en Gran Bretaña—, existió desde 1917 en Moscú o Pekín. La llamada «cultura de la cancelación» tiene su modelo en la Revolución Cultural china, que destruyó buena parte de los cuatro mil años de civilización por budista, confuciana o, simplemente, «vieja».

Pero hay aspectos del comunismo actual que se han desarrollado tras la caída del Muro de Berlín y que tienen una importancia esencial en el nuevo totalitarismo de izquierda tan visible en Podemos o en regímenes despóticos iberoamericanos como la Bolivia de Evo Morales o la Argentina de los Kirchner. Son, por citar solo cuatro, el racismo (Black Lives Matter), el indigenismo, el parafeminismo *queer* y el ecologismo, unos frentes ideológicos que parecen muy alejados de la lucha de clases marxista-leninista hasta que uno se fija en que sus enemigos son los mismos: la propiedad, la libertad individual y el derecho natural; y que su herramienta es también la misma: la ingeniería social, eso que ahora muy equívocamente se llama marxismo cultural, que abreva en fenómenos ideológico-mediáticos norteamerica-

nos como el #MeToo, el *queer* o el del cambio climático, ayer acaudillado por Al Gore, hoy por Greta Thunberg.

Estos nuevos escenarios de confrontación social despistan a quienes ven o prefieren ver el comunismo como creen que era hace décadas. Pero incluso en la época de mayor expansión territorial de la URSS y máximo crédito intelectual del marxismo clásico, el comunismo libraba sus batallas ideológicas esgrimiendo fórmulas como la de la lucha por la paz, la lucha contra la energía nuclear —solo en Occidente— o el Movimiento de Países No Alineados, pero siempre alineados contra Occidente, y que por eso los apoyaba Moscú.

Hoy ya no hay una sino dos grandes potencias comunistas de capitalismo mafioso, China y Rusia, de tamaño y ambiciones diferentes pero no enfrentadas. El movimiento comunista en el llamado Tercer Mundo ha pasado de Cuba como única referencia al «socialismo del siglo XXI», el triángulo Caracas-La Habana-FARC, con aliados como Nicaragua, Argentina y México, sin olvidarse del populismo de extrema izquierda que arrasa bastiones como Chile o Perú. Puede decirse sin exagerar que, si el comunismo se define por el odio a la propiedad, la libertad individual, la ley y la tradición occidental, nunca ha tenido más fuerza que ahora. Nunca los Estados Unidos se han parecido más a la China de Mao con sus teatrales campañas de autocrítica promovidas por el poder, como cuando Nancy Pelosi y los demócratas del Congreso se arrodillan ante no se sabe muy bien quién por sus pecados de racismo imperdonables y olvidándose de su Constitución, Lincoln, Kennedy y hasta Martin Luther King. La fuerza del colectivismo televisado es tal que ya no se sabe dónde empieza el movimiento marxista BLM y termina la NBA.

En el comunismo de hoy cabe todo lo que sale en televisión para quejarse de la atroz herencia occidental recibida. En España, Podemos, por ejemplo, es leninista, *queer*, ecologista, animalista, incluso en educación, feroz perse-

guidor de la lengua común española y a favor del separatismo de regiones ricas como Cataluña o el País Vasco. Pero nunca hay que fijarse en lo que defiende, sino en lo que ataca. Lo mismo: libertad, propiedad, igualdad ante la ley, tradición occidental y unidad nacional.

Nada más llegar al Gobierno, Podemos empleó el BOE y toda su trompetería para avanzar en esos ámbitos que no parecen gubernamentales, pero lo son de poder. Lo veremos en el caso de su feminismo *queer*, no solo por su importancia en el 8 de marzo del COVID-19, sino por ser una enmienda total a la familia como institución y a la naturaleza en su máxima definición biológica: los dos sexos capaces de reproducir la especie. Ese era el fin último de Marx y Bakunin, Lenin y Trotski: romper los milenarios lazos de la cultura y de la naturaleza para crear el *hombre nuevo*, ser inédito que solo existirá dentro de una comunidad en la que se prohíba lo individual.

El #MeToo y BLM desembocan fatalmente en *El cuento de la criada*, aunque la industria de la comunicación —cada vez menos entretenimiento y más adoctrinamiento— lo vende en un solo paquete con lacito progresista, como si *Handmaid's Tale* no fuera una actualización mediocre de 1984, la Camboya de Pol Pot, la China de Xi Jinping o, muy ajustadamente, del Estado Islámico, referencia prohibida para no caer en la islamofobia. Zuckerberg ha prohibido a sus empleados oponer al racismo violento de Black Lives Matter el «All Lives Matter», que representa la lucha antirracista de Luther King y la Constitución norteamericana. Da igual que los negros maten más negros que blancos, o que los blancos maten más blancos que negros: hay que imponer la agenda progresista, al margen de la realidad de los números y la fuerza de los argumentos. Al que disiente se le condena en las redes o lo echan del trabajo. Mao en el Gran Salto Adelante no hizo algo diferente: impuso su dictadura sobre las mentes. Luego la extendió a los estómagos y mató de hambre a sesenta millones de chinos, pero

no verán eso en las producciones de Hollywood ni en las series de Netflix.

Otro aspecto tragicómico, ya antiguo, de la presión colectivista en la sociedad actual es la *infantilización*, esa ingeniería social izquierdista que trata a los niños como a adultos y a los adultos como a niños. El buenismo tontorrón que parece obligatorio en las teleseries está alcanzando niveles estremecedores. Por ejemplo, el de la payasa Filomena en Argentina, que con sus trenzas enhiestas y su apósito rojo en la nariz acompañó en televisión a los representantes del Gobierno que daban la cifra de muertos del COVID-19. Veinte contabilizaron ese día, pero, como era el de las Infancias —niñas, niños y niñas, dijo la política—, les rindieron homenaje aunque no estuvieran viendo la tele, con esta lírica creación de la payasa: «Una nube / cae la lluvia / crece el pasto / sube el árbol / caen las hojas / sobre el agua / hay un pulpo y un caracol / ¡clonc!».

De Victoria Ocampo a la payasa Filomena: he ahí el «significante vacío» de Laclau anegándose de comunismo y fascismo peronista. Así se entierra a veinte muertos en el país de Borges, ahora de los Kirchner y también de Podemos, porque su ministro de Educación fue, hasta la victoria de los sepultureros del fiscal Nisman, jefe de Gabinete de Pablo Iglesias. Esta es la modernidad: la payasa y los dos del Gobierno imitando en la tele la caída de la lluvia y las hojas y el crecimiento del árbol y la hierba. Raro es que no se la comieran.

En el comunismo, como en todo crimen, no hay casualidades. En la primera fila de invitados a la toma de posesión del presidente Fernández, padre del #GobiernoDePayasos, estaba el podemita Juan Carlos Monedero. Y la primera aparición de Pablo Iglesias como vicepresidente en televisión fue para pedir perdón a los niños por las incomodidades del virus, culpa de los mayores. Lenin quería «ingenieros de almas»; el leninismo lo difunden hoy los llamados «educadores sociales», clérigos de guardería y comisarios

televisivos de la corrección política, que, como no aplaudas a la payasa de turno, te corrigen, vaya si te corrigen. El hombre nuevo sonríe al porvenir.

## LOS IGLESIAS-MONTERO Y EL CASOPLÓN SOLARIEGO

Naturalmente, hace tres años, al terminar *Memoria del comunismo*, yo no podía imaginar el afán dinástico de Pablo Iglesias. Aún no se había instalado en el casoplón de Galapagar, ni contribuido con Irene Montero a aumentar en tres bebés la población nacional, ni depurado y corrompido por completo aquel partido que, con su coleta y él como símbolo, apareció en 2014, ni, por supuesto, había logrado la Vicepresidencia Segunda del Gobierno y cinco ministerios, incluido el de su última pareja —no arriesgaré: la madre de sus tres primeros hijos—. Dedicaremos una parte del libro a estudiar esa impostura de Pablo Iglesias, cuyo liderazgo ha sido, es y será la clave de Podemos. Puede salir del Gobierno y que Podemos se reduzca al 10 por ciento del voto comunista, normal desde la Transición. Pero lo importante es su política, y esa la hace el PSOE, en la oposición y en el poder, desde hace años.

Gracias a esa deliberada podemización del PSOE desde la vuelta de Sánchez a la Secretaría General, pudo producirse a finales de 2019 algo casi inimaginable en la UE y que, en España, muchos creían imposible: la vuelta del comunismo al Gobierno, ochenta años después de que el PSOE, que lo metió en 1936 en el Gobierno de Largo Caballero, tuviera que echarlo a cañonazos en 1939.

Su entrada en el Gobierno no fue, pues, fruto azaroso de la aritmética parlamentaria, ni tampoco de una radicalización. Fue la asunción por parte de Sánchez de un programa de subversión del Estado, calcada de la del PSOE de

Largo Caballero, que llevó a España a la Guerra Civil para imponer la «dictadura del proletariado», es decir, la de su partido. Una tarea en la que contó, lógicamente, con los criados de Stalin en España, el PCE.

Esta vez, el PSOE asume algo aún peor que una dictadura al modo soviético con retoques masónicos al modo mexicano como la del Frente Popular en 1936. Ahora trata de liquidar el Estado, su régimen constitucional y la propia nación española —«de la que emanan todos los poderes del Estado», según la Constitución— como sujeto político y depositario legítimo de la soberanía. Pretende imponer una especie de federalismo o República de repúblicas, abocada a la balcanización.

El PSOE de 2019 se pone, como en 1936, a la cabeza de un proceso revolucionario que, esta vez, se inicia en el golpe de Estado dirigido por la Generalidad de Cataluña en octubre de 2017 y que supera su fracaso técnico con la moción de censura que desaloja al PP del poder en 2018 e instala un Gobierno que, aunque presida Sánchez, depende de los partidos de izquierda y separatistas, desde Bildu a los comunistas pasando por el PNV y el golpismo catalán. Pero ese proyecto de cambio de régimen es el de Podemos. Por eso insisto en que era solo cuestión de tiempo que entrara en el Gobierno: en el poder ya estaba, porque Sánchez hacía su política.

Veamos cómo España llegó hasta el abismo, casi sin darse cuenta.

## 1

## LA REINVESTIDURA DEL COMUNISMO EN ESPAÑA

Recapitulemos: en solo diez años, de 2010 a 2020, el comunismo en España ha pasado de no significar nada en la vida política a significarlo casi todo; de tener algo más de un millón de votos (IU) —dos, si se añaden los grupos de izquierda totalitaria separatista (Bildu, CUP, BNG)—, a triplicar el número de votantes y entrar en el Gobierno, por primera vez desde 1939, con una vicepresidencia y cinco ministerios. Los comunistas tienen además un papel clave en el equilibrio de fuerzas —con los socialistas y separatistas— que forman el bloque de poder que llevó a la Moncloa en 2018 al socialista Pedro Sánchez. A cambio, este asumió el proyecto común separatista y comunista: liquidar el régimen constitucional de 1978 que trajo a España, integrada en la Unión Europea, cuarenta años de prosperidad económica y libertad política, salvo en las zonas dominadas por el terrorismo separatista, que prosperaron sin libertad.

Personalicemos: en 2010, un profesor ayudante de interino en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, Pablo Iglesias Turrión, comenzó a emitir en Tele K, una cadena local de Vallecas, el barrio en que vivía, un programa llamado *El Trece*, que él mismo dirigía y presentaba. En 2020 era vicepresidente del Gobierno con cinco ministros del partido que él fundó en 2014, llamado Podemos, que había absorbido a Izquierda Unida y se había aliado con diversos grupos separatistas y comunistas.

Los tres sectores —Podemos, IU y los separatistas— estaban representados en el Gobierno: el nacionalismo gallego de En Marea, por Yolanda Díaz en el Ministerio de Trabajo; el nacionalismo catalán de En Comú Podem, con Ada Colau como referente mayor, por Manuel Castells, en Universidades; y el PCE, núcleo de IU y al que había pertenecido de joven Pablo Iglesias, por su rival en ese partido durante muchos años, Alberto Garzón, ministro de Consumo. Y por encima de todos, el vicepresidente Iglesias y la ministra de Igualdad Montero, su pareja.

El vertiginoso ascenso político de Pablo Iglesias se debe a diversas razones, pero la esencial es que, mientras él se ha mantenido fiel al modelo leninista de conquista del poder, las demás fuerzas políticas, sobre todo las supuestamente anticomunistas, le han ido concediendo espacios que, por lo general, aunque no siempre, ha sabido aprovechar. También ha tenido suerte, porque solo con mucha suerte pueden alcanzarse parcelas de poder inaccesibles para un grupo pequeño y sin un respaldo popular claro y fijo. Pero lo esencial de esa trayectoria, sin parangón en ningún país del mundo occidental, se debe a que sus aliados no han sabido entender la personalidad política de Iglesias y a que sus enemigos nunca valoraron el peligro de sus ideas. Como Lenin en la Rusia de 1917, el éxito propio se debe a la ceguera ajena.

Algunos solo empezaron a caerse del guindo —es decir, a tomarse en serio el riesgo de caer en un gobierno dictatorial, híbrido de Venezuela y China, de despotismo sucio y mafia oriental— el 12 de noviembre de 2019, cuando Sánchez e Iglesias anunciaron abrazados el pacto de Gobierno contra el que se habían convocado las elecciones.

Una de las supersticiones más arraigadas en la política española durante los últimos ciento cuarenta años es la de que el PSOE tiene remedio, y que se modernizará y democratizará como la propia nación. Nada puede contra ese atavismo, pese a que Sánchez llevaba forcejeando con Igle-

sias, pero junto a él, mucho tiempo, recogiendo el testigo de Zapatero, que en 2004 decidió liquidar el régimen constitucional de 1978 para crear un bloque de poder del que quedaba excluida la media España de derecha.

Como siempre, la excusa para creer que el PSOE es incompatible con cualquier variante del comunismo era solamente lo que dijo en la campaña electoral Sánchez, el «Doctor Cum Fraude» —acreditado mentiroso, perito en trolas y capaz de decir una cosa y la contraria no ya el mismo día sino en la misma frase—. Él estaba seguro de mejorar su posición con respecto a Podemos, porque nunca contempló otro socio, tras el recurso a las urnas contra Iglesias.

La campaña fue una exhibición anticomunista y antise-paratista por parte de Sánchez, que llevaba como presidente del Gobierno en funciones un año largo, aunque en la moción de censura contra Rajoy prometió en el Parlamento que convocaría elecciones a la mayor brevedad posible. No más de tres o cuatro meses, dijo. Pero no de qué año, se reían sus asesores, convencidos de lograr entre 140 y 160 diputados mientras Iglesias naufragaba. Presos de la manía de que el PSOE es como queríamos que fuera y no como es, muchos creyeron que lo que decía Sánchez sobre el comunismo era cierto.

Por ejemplo, el 18 de julio, fecha memorable, Sánchez explicaba en La Sexta la radical imposibilidad de la entrada de Podemos en el Gobierno:

Pablo Iglesias es el principal escollo, no puede estar en el Gobierno (...). Yo no me puedo permitir el lujo de tener un vicepresidente político que no defienda la democracia española. Cuando habla de presos políticos, ¿qué está diciendo? ¿Que en España se está persiguiendo a personas que tienen ideas distintas y que están en la cárcel por esas ideas? ¿O porque han cometido hechos delictivos que están siendo juzgados en el Tribunal Supremo?

Y para dejar todavía más clara su incompatibilidad con el «escollo»:

Lo que el señor Iglesias defiende es un referéndum de auto-determinación en Cataluña que partirá en dos definitivamente a la sociedad catalana.

El entrevistador no preguntó por las presiones a las que el Gobierno estaba sometiendo al Supremo para favorecer a los golpistas: por ejemplo, al echar al abogado del Estado, Edmundo Bal; o cuando Dolores Delgado, ministra de Justicia, negó la protección debida al juez instructor, Pablo Llarena, demandado por golpistas presos o huidos; o cuando el PSC pidió que salieran de la cárcel antes de conocerse la sentencia; o cuando el propio Sánchez dijo en la SER que «los catalanes tienen un Estatuto que no han votado» y que «una crisis política como la de Cataluña se soluciona políticamente, es decir, votando».

Sánchez, dijera lo que dijera, había asumido así la tesis separatista «a plazos» de Iceta, que en una entrevista en *El Mundo* acababa de pedir «diez años para cambiar la mentalidad de los españoles» sobre la independencia de Cataluña. También, se entiende —y por si acaso lo recordó Gabriel Rufián al día siguiente en las Cortes—, de los Països Catalans (Balears, Comunidad Valenciana y una parte de Aragón). Lo más urgente era anular mediante una consulta regional la poda que en su día hizo el Tribunal Constitucional de catorce artículos del Estatuto que establecían una Justicia exclusivamente catalana —es decir, en manos del nacionalismo—, pretensión que era inequívocamente anti-constitucional.

Pero lo esencial en la campaña era convencer a la ciudadanía de que el PSOE es enemigo de cualquier régimen comunista, ruinoso y liberticida:

Ni antes ni después el Partido Socialista va a pactar con el populismo. El final del populismo es la Venezuela de Chaves